

Análisis de las causas de la invasión rusa a Ucrania desde la perspectiva de la teoría constructivista de las relaciones internacionales

Gustavo Palacio Urrutia

* Embajador del Servicio Exterior ecuatoriano.

Gustavo Palacio Urrutia

La invasión de Rusia a Ucrania genera al menos dos interrogantes. La primera: ¿Por qué Putin hace una guerra que a todas luces resulta no solo injusta, sino insensata, sin beneficio mayor para nadie, ni siquiera y menos aun para él, para quien su temeraria decisión podría tener un alto costo personal?

La segunda: ¿Por qué el pueblo ruso no ha reaccionado como se hubiera esperado ante la invasión a un pueblo hermano, como lo ha hecho la mayoría de los países (incluido el Ecuador) expresando su rechazo a la invasión, según varias resoluciones de las Naciones Unidas?

El enigma que plantea la insensata decisión de Putin, como la califica un buen número de analistas, trae a la memoria la célebre frase de Winston Churchill, primer ministro británico, quien en 1939 señaló que Rusia era *a riddle wrapped in a mystery, inside an enigma*. Así, Churchill se referiría a Rusia como ese «otro» inescrutable que, al tiempo de que es objeto de admiración por sus múltiples cualidades, genera temor por sus actitudes impredecibles, que muchas veces no van de la mano con los valores de occidente, pues más bien obedecen a sus propias reglas.

Coincidentemente, fue el propio primer ministro británico quien abrió una buena pista para responder a dicho enigma. *La clave está en el interés nacional de Rusia*, dijo.

Lo señalado por Churchill remite directamente a lo planteado por la escuela constructivista de relaciones internacionales, que estudia precisamente la definición de «interés nacional» a partir de la identidad nacional. La teoría del constructivismo ayuda a entender la invasión a Ucrania desde la identidad nacional de Rusia y su interés nacional.

La teoría del constructivismo ayuda a entender la invasión a Ucrania desde la identidad nacional de Rusia y su interés nacional.

El constructivismo estudia la política exterior desde la perspectiva de la identidad nacional de los Estados y de los intereses que de dicha identidad se derivan. De manera análoga al realismo, el constructivismo considera a los Estados como los actores principales de las relaciones internacionales y brinda importancia fundamental al concepto de «interés nacional», bajo una

visión menos rígida y mecanicista. Por su parte, de acuerdo con el constructivismo, los Estados nacionales, al igual que los individuos, poseen identidades propias que determinan los intereses nacionales a partir de los cuales se formulan las políticas públicas, incluida la política exterior. A diferencia de los teóricos realistas, que consideran los intereses como predeterminados por la realidad material del Estado unitario y racional, los constructivistas los perciben como el resultado de un proceso cognitivo y de la interacción entre los distintos actores que conforman el Estado (individuos, grupos de poder, instituciones) y construyen la identidad nacional (Merke, 2007).

En el marco de este enfoque teórico cabe formular entonces la siguiente pregunta: ¿Se puede considerar a Ucrania como objeto de interés nacional de Rusia, según el análisis del discurso oficial del gobierno ruso?

Uno de los académicos que ha reflexionado sobre el concepto de «interés estratégico vital» de Rusia, desde una perspectiva geopolítica realista a favor de Rusia, es el conocido profesor de la «Escuela Realista» John Mearsheimer. Del análisis de sus exposiciones se deduce, sin embargo, que algo no calza. De acuerdo a Mearsheimer, Rusia es una potencia en declive, con un PIB inferior al de varios países de Europa, que perdió la «Guerra Fría». Por estas razones, afirmaba hasta hace poco tiempo el Profesor Mearsheimer, sería una locura que Putin, a quien califica de demasiado inteligente, invada Ucrania. Lo peor que se le puede aconsejar a Rusia, para hacerle daño, es que invada Ucrania, *pues sería un fracaso total*, decía. Así, con este razonamiento, el profesor Mearsheimer

dio la pista de la que se deduce que Ucrania no es asunto de interés estratégico vital para Rusia, opinión compartida por varios expertos, como es el caso del profesor Stephen Kotkin (autor de varios libros sobre la historia rusa) quien, por el contrario, estima que Rusia representa una amenaza para la seguridad de Ucrania, así como para las otras exrepúblicas soviéticas de Europa del Este.

Esta importante aclaración, sin embargo, no es suficiente para responder la pregunta de si existe o no relación entre la invasión a Ucrania y la identidad nacional rusa o, expresado de otra manera: ¿se puede catalogar a Ucrania de interés nacional de Rusia desde la perspectiva de su identidad nacional? ¿Es Ucrania tan importante para la identidad nacional rusa como para invadir su territorio, con un saldo de miles de civiles y soldados muertos, ciudades enteras destruidas y millones de refugiados?

La respuesta a estas preguntas fue afirmativa, y se obtuvo haciendo un análisis de los rasgos de la identidad rusa y de sus periodos históricos más importantes, formadores de las identidades rusa y ucraniana.

Rasgos de la identidad rusa

En la literatura académica, la revisión histórica, algunas entrevistas a conocedores de la realidad rusa, el análisis del discurso oficial, artículos y notas de prensa, se pueden identificar los siguientes rasgos importantes de la identidad rusa:

El excepcionalismo ruso. Hace referencia al carácter único de la nación respecto del resto de naciones por contar con un

acervo o patrimonio cultural y material cualitativamente distinto, e incluso superior, al de los otros países. La noción de que por razones del destino o de la providencia, el país está llamado a cumplir un rol relevante en la historia.

El excepcionalismo ruso es similar al norteamericano y al de otros países, tales como Francia, China, Alemania, aunque legitimado bajo otra narrativa.

El excepcionalismo ruso es similar al norteamericano y al de otros países, tales como Francia, China, Alemania, aunque legitimado bajo otra narrativa. En el caso de Estados Unidos, recordemos que la idea de excepcionalismo se remonta al pensamiento del filósofo Alexis de Tocqueville, quien tras su visita a ese país subrayó que *La situación de los estadounidenses es, por lo tanto, bastante excepcional, y se puede creer que ningún otro pueblo democrático tendrá jamás una situación similar.* (A. Tocqueville, «Democracia en América», 1835). La narrativa del excepcionalismo ruso tiene que ver, al igual que para el caso de Estados Unidos y China, con su tamaño territorial: el país más grande del mundo que une Europa y Asia, pero también con su identificación como país euroasiático, característica única de Rusia. Dicha identificación está planteada desde el plano geográfico, e incluye lo cultural, religioso, espiritual. El concepto construido del «alma rusa» parte de la conciencia colectiva rusa, del movimiento pan-eslavo surgido en el siglo XIX, imbuido por su idiosincrasia euroasiática y visión del mundo. El excepcionalismo ruso también radica en la idea de nación defensora de causas justas y

hazañas históricas, tales como la expulsión de los tártaros de su territorio, cuando tras la caída de Constantinopla, Ivan el Terrible reclamó considerar a Moscú como la tercera Roma por su defensa de la fe cristiana; en la guerra contra Napoleón y su ejército revolucionario temido en toda Europa; su victoria sobre el nazismo en la Segunda Guerra Mundial, con el sacrificio de millones de vidas, lo que permitió salvar a la humanidad de dicha terrible amenaza, en la tarea titánica de construir una sociedad ideal, sin clases, y un «hombre nuevo», con Yuri Gagarin, primer hombre que viajó al espacio, como ejemplo.

La importancia del Estado burocrático para la identidad rusa, el que hace referencia al orgullo de pertenecer y ser parte de un Estado Imperial fuerte a lo largo de la historia. Un Estado burocrático y autocrático, representado por un líder todopoderoso.

La noción de «colectivismo» como parte esencial de la identidad rusa. La reivindicación del trabajo comunal, en nombre del bien común y la patria, en oposición al individualismo, considerado como un rasgo negativo de Occidente.

La conflictiva relación de Rusia con Occidente, rasgo clave de la identidad rusa, que sitúa a Rusia como civilización alternativa frente a Occidente en decadencia. En este rasgo se observa una suerte de sentimientos ambivalentes, de admiración y recelo, de simpatía y resentimiento, que gravitan sobre la autoestima y se expresan en un exceso de confianza o una gran inseguridad. Sobre esta característica, el historiador Orlando Figes, de la Universidad de Birkbeck College, Londres, hace el siguiente

comentario: *Los occidentalistas de Rusia se identificaban como «rusos europeos», buscaban siempre la aprobación de Europa y deseaban ser reconocidos como iguales por ella. Por ese motivo, sentían cierto orgullo de las hazañas del Estado imperial más grande y poderoso que ningún otro imperio europeo, y de la civilización petrina y su misión de conducir a Rusia hacia la modernidad. Sin embargo, al mismo tiempo eran plenamente conscientes de que Rusia no era «Europa» —jamás se aproximaba a tan alto ideal— y tal vez nunca llegara a ser parte de ella* (Figen, O., “Rusia y Europa, en la búsqueda de Europa. Visiones en contraste”. Madrid, BBVA, 2015). Escritos de intelectuales y escritores del siglo XIX, como Peter Chadaev, Alexander Herzen y Dostoievski confirman lo señalado por Figen. En opinión de la Profesora Angela Stent, Rusia siempre se ha visto a sí misma como una víctima de Europa y Occidente, percepción que le ha servido para justificar su política expansionista.

De esta parte del análisis se deduce que sí existe una correlación entre la invasión a Ucrania y la identidad nacional rusa. Por tanto, sí sería de interés nacional para Rusia, pero, como se deduce de la explicación del profesor John Mearsheimer, no de vital interés estratégico. Sobre este punto, algunos autores hacen notar que el interés estratégico puede ser el resultado de apreciaciones tanto objetivas como subjetivas. Las primeras se enmarcan en la esfera de la realidad física, las segundas son el resultado de una construcción a partir de las identidades (Jeppesen, 1996). Es pertinente recordar que, a diferencia de Rusia, que cuenta con uno de los mayores arsenales nucleares del planeta, desarrollado luego de la independencia de 1991, Ucrania se desnuclearizó e incluso entregó su arsenal a Rusia.

Algunos estudiosos han observado que la percepción de seguridad varía, ya se trate de un gobierno democrático o autoritario, o de si en ese país está arraigada o no la idea del excepcionalismo. (Javier Morales, 2006)

Episodios de la historia de Rusia y Ucrania que moldearon su identidad

Una vez establecida la existencia de una correlación entre la identidad nacional rusa, con los rasgos descritos y la invasión a Ucrania, surge una nueva interrogante en un sentido inverso al anterior: ¿Es posible considerar a Ucrania como objeto de interés nacional, construido y derivado de la identidad nacional de Rusia, al punto de llegar a provocar la invasión?

¿Es posible considerar a Ucrania como objeto de interés nacional, construido y derivado de la identidad nacional de Rusia, al punto de llegar a provocar la invasión?

De manera intuitiva es posible plantearse la hipótesis de que, efectivamente, Ucrania es de interés nacional de Rusia, pero como se ha destacado, con base en lo expuesto por John Mersheimer, no de interés estratégico vital «objetivo», sino de interés nacional «subjetivo» o «identitario».

Para responder a dicha inquietud (de lógica dialéctica) desde la óptica constructivista adoptada inicialmente, es necesario examinar el proceso histórico de interacción

y construcción social de los rasgos de la identidad rusa y ucraniana descritos.

Del análisis histórico de la construcción de la identidad nacional se advierte la existencia de un patrón que se repite en diversos períodos: la relación de dominación de Rusia (identificada como potencia europea) sobre Ucrania, por lo cual Ucrania adquiere significación simbólica como objeto de interés nacional de Rusia. En dicha relación de dominación se vislumbra, además, una relación conflictiva, de resentimiento, al tiempo que de admiración, entre Rusia y Occidente con Ucrania de por medio. La primera etapa relevante de esa relación corresponde al período zarista, el cual abarca desde la anexión de Ucrania con el zar Alexi (1654), hasta la revolución rusa (1917). Este período es importante para el estudio de la construcción de la identidad nacional de ambas naciones, sobre todo por el carácter absolutista y represivo de la dominación del Imperio Ruso sobre Ucrania. En opinión del historiador Paul Kubicek, el dominio ruso de represión y servidumbre minó el desarrollo social y cultural de dicha nación. (Kubicek, 2008)

El período de dominio despótico del zarismo dejó una profunda huella en la conciencia social y en la memoria del pueblo ucraniano, que ha sido recogida por la literatura. Sobre las heridas causadas durante este período escribió el célebre poeta ucraniano Taras Shevchenko, quien recogió en sus versos las leyendas de los cosacos que poblaban las estepas ucranianas. Kubicek incluye el siguiente poema en su libro sobre Ucrania: *rue rue ha crecido y ahogado nuestra libertad... Que la gloria revivirá. La gloria de Ucrania. Y una luz clara, no un crepúsculo, brillará de nuevo. Fue [Pedro] el Primero quien crucificó*

Ucrania desafortunada. Y [Catherine] la Segunda, la que terminó lo que aún quedaba. (Kubicek Paul, “The history of Ukraine”, pag 56, Greenwood Press, 2008). El poema de Shevchenko hace alusión al zar Pedro el Grande y a la zarina Catalina la Grande, ambos conocidos por la admiración que profesaban a Europa, pero cuyos regímenes dieron continuidad al Estado autocrático imperial y expansionista iniciado por Iván el Terrible. De Catalina la Grande es recordada su frase en la que expresa su deseo de expandir el imperio ruso: *Lo que para de crecer se pudre... tengo que expandir mis límites para mantener mi país seguro.* (Angela Stent, “Putin’s World, Russia Against the West, and with the rest”, pag 36, Twelve Hachette Book Group, 2019).

Un segundo período, aún más traumático que el anterior y decisivo para la construcción identitaria de ambas naciones, fue el período Soviético, que se inicia con la revolución rusa de 1917 y termina con la disolución de la URSS.

Como señalan varios historiadores, desde inicios de la revolución se produjeron serias desavenencias entre los comunistas rusos y los dirigentes ucranianos, en particular sobre la política agraria.

Como señalan varios historiadores, desde inicios de la revolución se produjeron serias desavenencias entre los comunistas rusos y los dirigentes ucranianos, en particular sobre la política agraria. Los comunistas rusos, liderados por Lenin, estaban convencidos de la necesidad urgente de llevar la revolución al campo y convertir

a los campesinos en obreros. En ese sentido, consideraban que el campesinado ucraniano por sus tradiciones y apego a la propiedad de la tierra, a diferencia del campesinado ruso, más proclive a la vida y trabajo comunal, constituía una amenaza para la estabilidad del poder soviético. La colectivización, acompañada de la mecanización del campo, era necesaria además para alimentar al ejército rojo – defensor de la revolución ante la amenaza de occidente– y para asegurar el éxito del proceso de industrialización.

El período soviético se caracterizó por la implementación del sistema totalitario estalinista, durante el cual se produjo la llamada colectivización forzosa, con resultados económicos desastrosos, que en el caso de Ucrania –donde paradójicamente la productividad antes de la colectivización era una de las más altas de la URSS– provocó la muerte por hambre de más de 4 millones de personas. Dicha etapa de la historia, conocida como «holodomor» («holod» en ruso, hambre; «holodomor», hambruna) y catalogada como una política de genocidio, fue seguida por un periodo de terror y represión que marcó la conciencia social y predispuso a las futuras generaciones del pueblo ucraniano contra el dominio del Estado Imperial ruso.

El «holodomor» en Ucrania fue denunciado por primera vez por el periodista galés Gareth Jones en 1933. Las revelaciones de Jones sobre la tragedia de lo que ocurría en Ucrania sirvieron de inspiración al escritor George Orwell para escribir su conocida novela de sátira política y crítica al régimen estalinista «Rebelión en la Granja». Recientemente, la periodista Anne Applebaum ha publicado un revelador libro, «Hambruna roja», con

base en una investigación histórica de los archivos que se hicieron públicos a partir de la década de los noventa en Rusia y Ucrania. En las páginas finales de su libro, Applebaum subraya lo siguiente: *está cada vez más aceptado, tanto en Ucrania, como en Occidente, que la hambruna fue algo real y deliberado, y formó parte de un plan político para minar la identidad ucraniana... No cabe duda de que la aniquilación de la élite ucraniana en la década de 1930 –los mejores académicos, escritores y líderes políticos de la nación, así como sus granjeros más activos– sigue siendo importante. Aunque hayan pasado tres generaciones, el origen de muchos de los problemas políticos actuales de Ucrania, entre ellos la amplia desconfianza hacia el Estado, las débiles instituciones nacionales y una clase política corrupta, se remonta directamente a la pérdida de esa primera élite patriótica y posrevolucionaria. La rusificación que siguió a la hambruna también dejó su huella.* De resulta de que la Unión Soviética destruyera sistemáticamente la cultura y la memoria ucranianas, muchos rusos no tratan a Ucrania como una nación diferente con una historia diferente (Anne Applebaum, «Hambruna Roja, la guerra de Stalin contra Ucrania», pag 624,625,626, Penguin Random House, 2019).

Es importante recordar el accidente de la planta nuclear de Chernobyl, ocurrido el 26 de abril de 1986, ubicada a solo 50 millas de Kiev, que produjo alrededor de 10 000 víctimas. Este lamentable accidente nuclear (ocurrido en la etapa soviética) dejó al descubierto la decadencia e ineficiencia del sistema totalitario de la URSS, de administración y economía centralizada. La negligencia y poca transparencia del Kremlin en el manejo de este accidente dejó una herida profunda

de resentimiento y desconfianza en la conciencia del pueblo ucraniano, respecto del poder centralizado del Kremlin.

Un tercer y último período clave para la construcción identitaria de dominación rusa sobre Ucrania y que define su condición de «objeto de interés nacional» en la actualidad es el correspondiente a la disolución de la URSS y la creación de la Federación Rusa y de Ucrania en 1991. El 9 de noviembre de 1989 cayó el muro de Berlín, lo que dio paso a la unificación de Alemania y al fin del sistema comunista impuesto en Europa del Este. La caída de la URSS provocó un cisma sin precedentes en la sociedad soviética y marcó el inicio de un nuevo proceso de búsqueda y reconstrucción de la identidad nacional, tanto rusa como ucraniana.

En ambos casos, desde el inicio se presentaron dificultades, pues tanto el proceso de apertura política hacia la democracia y de liberalización económica fue manejado por los propios jefes de la burocracia del Partido Comunista, los dirigentes del sistema totalitario soviético, caracterizado por la corrupción, ineficiencia y falta de transparencia.

En los dos países se llevó a cabo un proceso de privatización que, en lugar de brindar igualdad de oportunidades y generar una nueva gran clase media de emprendedores, concentró la vasta riqueza estatal existente en muy pocas manos, constituyéndose la llamada clase de los «oligarcas», gente muy rica que se había mantenido en el poder durante el régimen soviético, convirtiéndose en los nuevos magnates capitalistas con enormes fortunas. En Rusia, el representante de este proceso fue Yeltsin, en Ucrania, el presidente Kuchma.

Si bien, el proceso de privatización fue similar en ambos casos, poco transparente y plagado de corrupción, el rol que jugó el Estado fue diverso. En Rusia, el rol que continuó ejerciendo el Estado fue mucho más significativo que en Ucrania, lo cual generó diferencias importantes en el control político. Los exjefes soviéticos se convirtieron en la nueva élite supuestamente «democrática» pero, por su formación, albergaron siempre la idea de continuidad de Rusia como un gran Estado imperial, aunque con un nuevo formato, con derecho a contar con una esfera de influencia similar a la de la época soviética de la cual Ucrania era parte esencial.

En Rusia, el rol que continuó ejerciendo el Estado fue mucho más significativo que en Ucrania, lo cual generó diferencias importantes en el control político.

En Ucrania la vieja nomenclatura estuvo más preocupada por la repartición del botín de las empresas e industrias que del manejo político y control del Estado, lo cual se vio acompañado de una gran fragmentación entre los actores políticos. Las pugnas por el poder político, agravadas por la crisis económica y social, dieron lugar a que la población se empezara a movilizar y demandar cambios orientados a profundizar la democracia y la economía de mercado, para mejorar el nivel de vida de la población empobrecida. El incremento de la lucha de la sociedad civil contra la corrupción política y la apropiación ilegítima de la riqueza generó lo que se conoce como la Revolución Naranja, con grandes manifestaciones en la Plaza de la Independencia de Kiev durante casi dos

décadas. Desde su inicio, la Revolución Naranja estuvo vinculada a la idea de que Ucrania fuera parte de la Unión Europea, tal como había sucedido en la mayoría de países que formaron parte del yugo soviético, lo cual nunca fue del agrado del Kremlin, que buscaba intervenir en los asuntos internos de Ucrania. Esta fue precisamente la causa de las masivas protestas del año 2013, que provocaron la destitución del presidente pro-ruso Viktor Yanukovich (2013), quien se exilió en Moscú y que, posteriormente, conduciría al poder al actual presidente Volodímir Zelenski.

En Rusia también hubo luchas internas por el poder, vinculadas al proceso de privatización. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en Ucrania, los nuevos oligarcas rusos, conscientes de la importancia del Estado para preservar sus intereses, brindaron apoyo al gobierno de Yeltsin, del que se habían estado beneficiando. Poco antes de concluir su segundo mandato, a fines de los noventa, se tornó imprescindible buscar un heredero a la presidencia que fuera leal, que no persiguiera al clan de Yeltsin y a los oligarcas rusos, pero que pusiera orden en medio del malestar provocado por el mal manejo político y económico. Varios miembros del círculo de Yeltsin promovieron a Vladimir Putin, un ex agente de la KGB casi desconocido, que había servido al alcalde de St. Petersburgo Anatoly Sobchak. Para algunos estudiosos, Putin representaba una suerte de figura bonapartista que permitiría poner orden, en medio del caos político y del capitalismo salvaje que se había generado, tras la caída de la Unión Soviética. La subida de Putin al poder permitiría contar con un Estado fuerte y autoritario, que velaría por los privilegios de la nueva clase dominante, que

pondría orden y restablecería la estabilidad social, venida a menos durante el gobierno caótico de Yeltsin.

Este fenómeno se conoció como el Putinismo, caracterizado por la abolición de la libertad de expresión, la supresión de la sociedad civil, la eliminación de la oposición política, incluso físicamente, y el uso de los medios de comunicación como instrumentos de propaganda, con un discurso de odio hacia los enemigos de Rusia, representados sobre todo por occidente desarrollado. (Brian D. Taylor, 2018)

En el plano internacional, el gobierno fuerte de Putin inició una serie de incursiones militares orientadas a recuperar la imagen de Estado Imperial de la época soviética.

En el plano internacional, el gobierno fuerte de Putin inició una serie de incursiones militares orientadas a recuperar la imagen de Estado Imperial de la época soviética. A fines de los noventa, con Putin como primer ministro de Yeltsin, se produjo la guerra con Chechenia; posteriormente, en el 2008, inició la Guerra con Georgia; luego la anexión de Crimea en 2014; en el 2015 la guerra en Siria, hasta llegar a la actual invasión a Ucrania iniciada en febrero del presente año. Durante este período se ha venido observando cómo Ucrania es vista como un territorio que debe someterse a los intereses geopolíticos de Rusia. Desde la perspectiva de la identidad se fortalece la idea de Ucrania como objeto de «interés nacional» que representa, en el plano simbólico, el prestigio de Rusia, que debe ser defendido de la amenaza de Occidente.

Conclusiones

Los resultados obtenidos del análisis histórico evidencian que la identidad de Ucrania está directamente relacionada con la lucha del pueblo ucraniano por la libertad, por su derecho a decidir su destino y constituirse como Estado independiente. En el caso de Rusia, se trata de una identidad nacional construida verticalmente por estados autocráticos, con aspiraciones de carácter imperial, que rivaliza de forma permanente con Occidente y que se considera con derecho a imponer su voluntad al resto de países que no son considerados como iguales.

Podemos concluir que Ucrania es, efectivamente, objeto de interés nacional para Rusia. Se trata de un valor simbólico, de tipo subjetivo, dada la percepción que tiene Rusia de Ucrania como amenaza a su seguridad y por encarnar los valores occidentales de libertad y democracia, por su cercanía a Europa; amenaza simbólica que atenta contra el prestigio del Estado Imperial, que cuestiona el carácter excepcional de la nación rusa, afecta su amor propio y orgullo heridos tras el colapso político y económico de la URSS.

Podemos concluir que Ucrania es, efectivamente, objeto de interés nacional

para Rusia. Se trata de un valor simbólico, de tipo subjetivo, dada la percepción que tiene Rusia de Ucrania como amenaza a su seguridad y por encarnar los valores occidentales de libertad y democracia, por su cercanía a Europa; amenaza simbólica que atenta contra el prestigio del Estado Imperial, que cuestiona el carácter excepcional de la nación rusa, afecta su amor propio y orgullo heridos tras el colapso político y económico de la URSS.

Las conclusiones señaladas, desde la perspectiva del constructivismo, de la identidad nacional, nos sirven para entender y explicar la injustificable y absurda invasión de Putin a Ucrania y, de alguna manera, el silencio parcial de un pueblo ruso sometido, tal como ocurrió en la época estalinista, frente a un Estado totalitario que califica de traidor a quien no está de acuerdo con el discurso oficial. Por sus características, la guerra en Ucrania hace recordar el llamado «Diálogo de Melos», citado por Tucídides en su libro sobre la Guerra del Peloponeso. En dicho diálogo, los militares atenienses expresan la necesidad de cuidar el prestigio de la Atenas Imperial como una de las razones principales para no permitir a los pobladores de Melos mantenerse al margen de la guerra.

En sus reflexiones sobre por qué los hombres van a la guerra, el militar e historiador griego destaca: *unos van por ambición de riqueza, por fama, pero también los hay quienes van por la libertad, por honor e incluso por venganza.*

*El contenido del presente artículo fue presentado por el autor con ocasión del Foro académico “Marcelo Fernández de Córdova”, realizado el 18 de marzo de 2022 en la ciudad de Guayaquil.